



★ “Estatistas y liberales”: vieja y falsa contradicción (Pág.3)

★ ¿Por qué un Partido Revolucionario? (Pág.8)

★ Lucha de clases, guerra de clases (Pág.11)

★ Crisis capitalista en Argentina
y la necesidad de una salida revolucionaria (Pág.14)

A modo de Editorial

La clase dominante tiene a su disposición una enorme cantidad de mecanismos con los que permanentemente batalla en el terreno ideológico con el fin de imponer al conjunto de la sociedad sus intereses, sus intereses de clase.

En ese terreno, no descansa ni un segundo a tratar de hacernos creer -muchas veces en base de verdades a medias, o sea, a grandes mentiras- que sus "principios" o "ideales" no solamente son los únicos posibles sino que no existe nada más.

Empeccados nosotros en no dar el brazo a torcer, en este nuevo número de **La Comuna** abordamos algunos temas que -justamente- son tergiversados de forma permanente por los divulgadores de la burguesía, muchas veces también disfrazados con ropajes "de izquierda".

Que hay un abismo de contradicciones entre los denominados estatistas y los denominados liberales es un artilugio tan viejo como el ruido. En el primer artículo que publicamos nos metemos a fondo en este tema para demostrar que es una falacia sin sustento alguno.

Qué la única política posible es la que a diario nos muestran los partidos burgueses es otro caballito de batalla al que nos tiene acostumbrados la burguesía. En página 8 planteamos con todas las letras por qué es una necesidad hoy continuar construyendo y fortaleciendo un partido revolucionario en nuestro país como única forma de poder plantearnos un futuro totalmente distinto a este presente.

Otro gran tema que a la clase dominante le encanta machacar y machacar es sobre la inexistencia de la lucha de clases y la desaparición de la clase obrera. En la tercer nota que publicamos nos ocupamos de hacer una síntesis respecto a la situación de la lucha de clases hoy en el mundo, en donde abundan los ejemplos de cómo el proletariado a escala global muy lejos está de ver pasar la destrucción a la que nos están empujando, se planta y combate en los más diversos frentes.

Por último, en página 14, publicamos un análisis respecto a la actual crisis capitalista en Argentina y por qué sostenemos que la única salida posible a la misma es una salida revolucionaria. En épocas en donde los medios burgueses niegan cualquier otra cosa que no sea "administrar" la crisis de una u otra manera, en manos de una facción burguesa u otra, nosotros explicamos por qué es un absurdo que no reviste ninguna seriedad ni probabilidad alguna. ★

La Comuna

Revista teórica y política del PRT

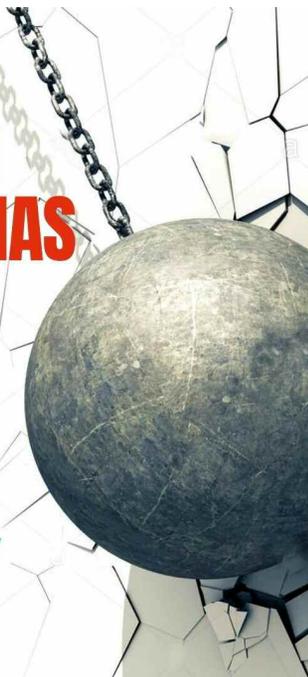
Partido Revolucionario de los Trabajadores

Publicación bimensual. Año XX°
www.prtarg.com.ar

NUEVO PODCAST

DEMOLIENDO FRASES HECHAS

El ser humano es individualista por naturaleza?



prtarg.com.ar

visita nuestra nueva página web



“ESTADISTAS Y LIBERALES”: VIEJA Y FALSA CONTRADICCIÓN

El sistema sólo subsiste, pero no resuelve sus contradicciones. La posibilidad de salida de ese círculo vicioso es inútil dentro del sistema. Por eso entre estadistas y liberales o pragmáticos, la discusión es estéril y engañosa. Todos sostienen y defienden el sistema y apuntalan el círculo viciosos en desmedro de las mayorías populares.

La era capitalista data del siglo XVI, aunque la burguesía conquistó el poder en 1789, es decir, casi tres siglos después.

Desde sus comienzos, a pesar del gran desarrollo que significó el nuevo sistema de producción, respecto de la sociedad feudal, el capitalismo presentó determinados problemas que sus teóricos más encumbrados debatieron para presentar diversas soluciones a los mismos.

Así, las escuelas de Ricardo y Mill sostenían que, para resolver esos problemas, el Estado debía intervenir a fin de regular aspectos de la economía que el propio funcionamiento del sistema no podía lograr, mientras que las escuelas de Adam Smith y Say sostenían que el Estado no debía intervenir ya que, las propias leyes del funcionamiento del capitalismo, equilibraban la balanza por sí mismas.

El Estado burgués debía limitarse a sostener

el modo de explotación de la fuerza de trabajo para beneficio de toda la clase dominante, la burguesía.

Dos recetas, dos caminos gruesos sobre los cuales circularían distintos vehículos de medidas para resolver los problemas de las crisis periódicas y la desembocadura inevitable a una crisis terminal del sistema.

Hacer intervenir al Estado o dejar que las leyes del funcionamiento del sistema operen sin injerencia del mismo.

Estas discusiones entre los teóricos de la Economía política (tal como se denomina la “ciencia” burguesa), se prolongan hasta nuestros días, pero el capitalismo no encuentra remedio para evitar las contradicciones que generan sus propias leyes determinadas por el movimiento natural de su funcionamiento, por el contrario, las mismas van profundizándose haciendo que el sistema sea progresivamente más insostenible.

Un espejismo que se diluye con el tiempo

En algunos períodos históricos del siglo XX, parecía que alguno de esos “remedios” darían resultados.

Por ejemplo, luego de la primera guerra mundial (1914-1918), los vencedores de la contienda hicieron pagar a los vencidos -los países que constituían el imperio Austro Húngaro- las consecuencias de las destrucciones provocadas por la guerra, con lo cual se dio un mayor impulso al desarrollo capitalista fomentado sobre la destrucción masiva de fuerzas productivas resultantes del período bélico.

Unos quince años más tarde, durante la crisis mundial de 1930, la fórmula estatista de Keynes en Estados Unidos, alentó las expectativas sobre la resolución de los problemas surgentes del modo de producción capitalista.

No obstante, no se pudo evitar que la competencia imperialista desembocara en la segunda guerra mundial dada por la voracidad del capital concentrado.

La extraordinaria y nunca antes vista tan masiva destrucción de fuerzas productivas entre las cuales cuentan más de 60 millones de vidas humanas, dio un nuevo impulso al capital que no sólo avanzó sobre nuevos territorios, sino que se abocó a la reconstrucción de los países de Europa, epicentro de la contienda, con el famoso plan Marshall.

Parecía así, que la intervención estatal a través de las guerras que generaban la destrucción masiva de fuerzas productivas sobrantes en el estrecho ámbito del poder adquisitivo, era la solución a los ciclos de superproducción del capital.

Sin embargo, a pesar de la continuidad de dicha fórmula bélica estatal desplegada por los sectores imperialistas en innumerables territorios del planeta hasta nuestros días, tampoco ha dado el aire suficiente a la solución de los conflictos ocasionados por el propio funcionamiento del sistema. Por el contrario, acumula mayores contradicciones y hace insostenible el sostenimiento del sistema.

Los efectos de los desequilibrios involucran personas que quieren vivir

Los llamados desequilibrios, los cuales se intentan resolver mediante esas viejas y repetidas fórmulas son, básicamente, la tendencia decreciente de la cuota de ganancia; el crecimiento del capital muerto (es decir, el capital encerrado en cada uno de los bienes producidos) por sobre el capital vivo (la fuerza de trabajo); la expulsión creciente de masas de trabajadores que esto genera, superando el número de ingresantes permanentes a la producción; crisis de superproducción de capitales; la creciente concentración mundial del capital; la profundización de la competencia a pesar de la existencia de monopolios; la generalización de la especulación y el parasitismo; la caída de los precios de las mercancías y, con ella, la acelerada baja de valor de la fuerza de trabajo o mano de obra; el aumento de los precios de los alimentos por sobre el resto de las mercancías; las desigualdades sociales; el incremento de la pobreza y la indigencia nacional y mundial que amenaza la estabilidad social; y otros fenómenos que tratan de controlarse vanamente con la aplicación de esas viejas metodologías: libre juego de las leyes del capital o mediación del Estado como árbitro que debería representar a toda la burguesía entre los distintos intereses de los grupos económicos que disputan a muerte su hegemonía.

Los gobiernos de los países e instituciones mundiales y nacionales del sistema, engañan permanentemente con estas fórmulas que repiten alternativamente al ritmo de las necesidades que les impone la lucha de clases. Pues los proletarios y sectores populares no se entregan mansamente al destino que les ha reservado el capitalismo y dan lucha por mejorar sus condiciones de vida y su libertad.

De tal forma, con su fuerza social, proletarios y sectores oprimidos, no sólo cuestionan con sus hechos las leyes que impone el sistema de producción sino las legislaciones emanadas de la voluntad de los hombres (los funcionarios del sistema, se entiende) para sostener y perpetuar el sistema.

No existen fórmulas nuevas a pesar de que afirman lo contrario

Permanentemente aparecen eruditos economistas y científicos de las finanzas con supuestas fórmulas nuevas y sesudas propuestas, pero la burguesía, no tiene más recetas... Debido a lo cual no tiene más remedio que recurrir a alguna de estas dos variables envejecidas para intentar engañar y hacer que el sistema siga funcionando. Es claro que, cuando las mismas no son suficientes para frenar el embate, recurre a la represión abierta y a la guerra, que no es otra cosa que la continuación de la política por otros medios.

Pero hoy, en la fase última del desarrollo del sistema capitalista, el imperialismo, momento histórico y decadente, las contradicciones han llegado a un punto de virulencia tal que una y otra fórmula para sostener el engaño tienen cada vez menos margen para lograrlo y, entonces han puesto a sus correspondientes adscritos en esquinas opuestas como si fueran contradictorios antagónicos en la defensa del sistema.

Así, se han dividido las aguas entre Estadistas y Liberales. Los primeros, identificados políticamente como los defensores de los intereses nacionales y los segundos como los instigadores a una mayor integración con el mundo. Y entonces, un sector de funcionarios y teóricos quienes sostienen cada una de esas fórmulas arremete contra el otro sector acusándose mutuamente de incapaces, ineficientes, operando como oposición política del gobierno de turno, alardeando y discurseando sobre la forma de salir de las crisis recurrentes de superproducción a las que nos lleva el afán de ganancias que mueve la rueda central que hace girar a todo el sistema, provocando masiva destrucción de fuerzas productivas para dejar un campo arrasado sobre el cual se erija un nuevo ciclo de producción.

Esta disputa, en política, se ha llevado a extremos tales que los liberales acusan a los estadistas de "comunistas" y estos acusan a los liberales de reaccionarios. No obstante, unos y otros defienden y tratan de sostener el sistema capitalista y garantizar los efectos que esto tiene sobre la sociedad: la acumulación de la ganancia, o sea del capital, en desmedro de las condiciones de las mayorías laboriosas.

Y allí tenemos, frente a las cámaras de tele-

visión, diarios de distribución masiva, me- 5
dios de propaganda de todo tipo, folletos, revistas, libros y artículos varios, a los intelectuales, políticos y economistas del sistema quienes, frente al fracaso anunciado de una gestión de gobierno, argumentan y ofrecen sus servicios como administradores del próximo.

Los plazos se achican

Sin embargo, todos ellos saben y son conscientes, que su gobierno va a fracasar y que, si no es por la vía de la represión y la guerra, su gestión sólo durará, en el mejor de los casos, dos períodos electorales. En ese ínterin, cualquiera de ambos, aplicará sus fórmulas y las del otro, pues en la medida que el termómetro de la lucha de clases eleva la línea de mercurio, cualquier receta es buena para hacerla descender. A eso le llaman pragmatismo.

Algunos políticos aspirantes a funcionarios e intelectuales aburguesados, se vanaglorian de esa posición que los lleva a proponer el camino que consideran el más adecuado para lograr sus fines. Aseguran así, que no los mueve ninguna ideología, pues adoptan, proponen y sostienen las vías que mejor garantizan los intereses que representan. Pretenden ubicarse en el centro entre estadistas y liberales como opción gubernamental sin ideología política. Claro es que no dicen, que esos intereses son los de los grupos económicos de los capitales concentrados que en ese momento se imponen como rectores de los destinos del país. En definitiva, un sustento ideológico innegable y evidente ante los ojos de quienes estén dispuestos a bucear críticamente en cada una de las motivaciones que llevan a la adopción de esas medidas políticas, económicas o sociales.

Hemos visto últimamente en el mundo y en nuestro país, las expresiones de esas dos viejas fórmulas en las "opciones" que se presentan ante cada evento electoral. Trump y Obama, el primero, con el discurso de cerrar las fronteras contra el discurso de fronteras abierta del otro presidente. El brexit del actual gobierno de Inglaterra contra el europeísmo del anterior. El mayor y más decidido europeísmo de Francois Holland, contra el discurso marcadamente nacionalista de Nicolas Sarkozy y el marcado pragmatismo de Emmanuel Macron, en Francia. Son varios los ejemplos que podríamos mencionar, pero las fórmulas no difieren.

6 En Argentina podemos citar como ejemplo de discurso pragmático a Menem y compañía, Kirchner como estatista y Macri como liberal. Pero las identidades se definen más por las afirmaciones (los hechos a favor del capital) que por las negaciones (los discursos en contra de los efectos del capital) y, entonces, encontramos que todos tienen puntos esenciales comunes: el mejor servir a la acumulación capitalista, lo cual implica también un empuje a la centralización.

Ambos términos van juntos y en simultáneo, pero la velocidad de modificación en el sistema los diferencia. Con la acumulación de capitales crece la clase obrera y se desarrollan fuerzas productivas, aparecen nuevas empresas, se invierte capital, se produce mayor cantidad de mercancías, se generan nuevos puestos de trabajo, etc. Mientras que con la centralización se expulsan trabajadores y se destruyen fuerzas productivas. La centralización es más veloz que la acumulación.

Ambos movimientos se desenvuelven a costa de las condiciones de vida de los obreros, trabajadores en general y pueblos laboriosos, porque la acumulación se produce debido a que la ganancia ha superado en su contienda con el salario a este último, lo cual implica que el salario perdió poder adquisitivo en relación a la misma. Por su parte, la centralización, afirma el monopolio, concentra el capital en menor cantidad de manos, aumenta la desigualdad entre riqueza y pobreza, elimina capitales competidores, expulsa mano de obra.

Es definitivo: el sistema sólo subsiste, pero no resuelve sus contradicciones

La posibilidad de salida de ese círculo vicioso es inútil dentro del sistema. Por eso entre estatistas y liberales o pragmáticos, la discusión es estéril y engañosa. Todos sostienen y defienden el sistema y apuntalan el círculo vicioso en desmedro de las mayorías populares.

En política, las diferencias entre Trump y Obama (sólo por poner dos ejemplos del plano internacional) no son distantes en lo esencial, tal como las diferencias entre Macri y Fernández - Fernández de Kirchner.

Querer resolver, por medio de decretos y reglamentaciones parlamentarias, las contradicciones que emergen del funcionamiento del

sistema capitalista es pretender que este sistema basado en la obtención de ganancia para la acumulación del capital marche por un sendero consciente y planificado, lo cual es una utopía porque la esencia del capitalismo es el caos productivo, debido a que, lo que se produce, no está destinado en primera instancia para cubrir las necesidades y desarrollo social sino que constituye un medio para obtener mayores ganancias. Por ejemplo, los alimentos se producen para ser vendidos al mejor precio y no para satisfacer el hambre del mundo, entonces si no se venden, se dejan podrir en sus terrenos sin cosecharse o se matan vientres preñados en el caso del ganado.

La pobreza del proletario radica en la carencia de bienes, pero más aún en el sometimiento diario a la dirección del capital que lo obliga a trabajar constantemente para él, y si deja de hacerlo por algún motivo, no puede vivir. Si bien el obrero obtiene mejores y más bienes con el avance del capitalismo, vive siempre al día, no pudiendo desprenderse de la necesidad de vender diariamente su fuerza de trabajo a algún capitalista a fin de poder vivir. Las cadenas de la dependencia están cada vez más firmemente solidificadas. Un proletario que es expulsado definitivamente del trabajo, muere socialmente.

Por eso es muy irritante cuando la burguesía, por ejemplo, en nuestro país, utiliza como argumento que el trabajador registrado de hoy en día cuenta no sólo con alimentos y vestidos sino también con vivienda calefaccionada, acceso a la educación pública, asistencia sanitaria, medios de locomoción, electrodomésticos, etc., "cosa que sus bisabuelos no tenían".

La burguesía no escatima elogios al capitalismo chino "que sacó de la pobreza absoluta" a cuatrocientos millones de personas. Lo que no dice la burguesía es que los obreros y trabajadores acceden a dichos bienes mientras tengan trabajo, lo cual, en la sociedad de hoy, es altamente inestable e inseguro, influyendo en el sometimiento de él y su familia a los dictados del capital.

Pretende esconder con ello que el capital mundial se ha acrecentado exponencialmente y que hay cientos y miles de millones de seres humanos que mueren de hambre, precisamente, por ese enriquecimiento enorme de los sectores más concentrados del capital.

El capitalismo debe ser enterrado

Si el sistema capitalista se sostiene, es porque la burguesía tiene el poder, y no porque pueda resolver las contradicciones que encierra en su propio funcionamiento. La única posibilidad de solución a estas contradicciones en el funcionamiento de la economía mundial y nacional de Argentina, es una economía planificada destinada a satisfacer las necesidades y desarrollo de la población. Y esto sólo es posible eliminando la propiedad privada capitalista, es decir, la propiedad privada de los medios de producción, para lo cual, el proletariado en unidad con el pueblo, debe tomar el poder derrostando a la burguesía y, desde allí, ejercer la voluntad de las mayorías para desarrollar la sociedad y al ser humano.

Si la producción, distribución, intercambio y consumo (productivo e individual) de los bienes son masivos y ejecutados por la clase obrera y los trabajadores en general, el resultado (el producto) también debe ser masivo.

Siendo social, el producto puede ser planificado y la economía transformarse en consciente. Conscientes la inversión de esfuerzos, la utilización de recursos naturales, la preservación, protección y reproducción de los mismos, la distribución equitativa del trabajo social, la creación de infraestructura, la modificación poblacional cercana a las fuentes de trabajo, la disminución en la cantidad de trabajo individual en la medida en que crece el trabajo colectivo, etc.

Por eso, el sistema capitalista es un sistema que hay que ayudar a eliminar y, sobre sus ruinas, establecer un sistema socialista basado en la propiedad colectiva de los medios de producción en manos de quienes somos los productores actuales: los obreros y trabajadores en general, en una palabra, las mayorías populares.

La contradicción entre estatistas y liberales, entre quienes median los pragmáticos, es tan falsa como las promesas que escupen los candidatos a funcionarios del Estado durante sus compañías.

Las disputas entre ellos son tan viejas casi como el origen del capitalismo. Todos, aunque se acusen entre sí, terminan aplicando las mismas fórmulas, porque no son quienes deciden los destinos del capital.

Apenas son administradores del gobierno del capital sobre el conjunto social.

Su deber de funcionarios radica en someter a las mayorías a la dirección del capital, o sea, de la burguesía en su conjunto hoy liderada por la oligarquía financiera o capital monopolista.

Al término de cada reunión de gobernantes con capitalistas para “acordar” medidas que afectan a un sector económico, en la cual todos prestan su acuerdo en aras del interés supremo nacional, cada burgués piensa para sus adentro o comenta con sus socios: yo voy a hacer la mía. Y así ocurre.

Por eso no hay medidas efectivas que los gobiernos tomen para subordinar a los capitales. La única subordinación que puede pretender un gobierno es la de las mayorías populares carentes de capital. Y ése es, precisamente, el papel del Estado.

Pero la clase obrera y las masas populares son tercetos, no se rinden, pretenden vivir una vida digna y tejer su futuro.

Luchan y se organizan, buscan caminos independientes de los dictados del Estado burgués, derriban muros y ensayan alternativas políticas para hallar el camino que los liberarán y afirmará como hacedores de todo lo existente y convertirse así en beneficiarios de los frutos sociales. ★

La contradicción entre estatistas y liberales, entre quienes median los pragmáticos, es tan falsa como las promesas que escupen los candidatos a funcionarios del Estado durante sus compañías.

¿POR QUÉ UN PARTIDO REVOLUCIONARIO?

Recomendamos a nuestros lectores saborear un video de Les Luthiers llamado “La Comisión” del 27 de junio de 1998, en el cual se realiza una verdadera parodia de las fuerzas políticas del sistema. La ironía y la crudeza en su realización marcaban una base de pensamiento y sentimiento subyacente en la población de todo lo que ya era el andamiaje y los aparatos de dominación política.

El Santiagueñazo en 1993 y Cutralcó-Plaza Huincul en el año 1996 comenzaban a pesar en la conciencia de las más amplias masas que la vía institucional burguesa no servía para la solución de los reclamos.

Por el contrario se comenzaba una larga etapa de acumulación en el seno de la clase obrera y el pueblo que las lucha y la unidad autoconvocada podrían dar paso a una enérgica participación de las mayorías explotadas y oprimidas para frenar la sed de ganancia de los sectores más concentrados de la oligarquía financiera dueños del Estado y de los gobiernos de turno.

Vino el 2001 y toda la lucha autoconvocada cimentó una idea que conviviría en la conciencia de las mayorías al día de hoy.

Corrió mucha agua debajo del puente, mucha experiencia acumulada. Un camino recorrido y un camino que había que recorrer. Todo se resume al acto reflejo del hoy, en la

actitud de lucha de nuestro pueblo cuando la idea de la autoconvocatoria se ha masificado.

Esa experiencia ya adquirida ha pasado por procesos de avances y retrocesos, y ello ha pesado. Contradictoriamente, la institucionalidad de la clase dominante aún con un desprestigio en avance, sostiene un sistema capitalista que hace agua por todos lados.

La “vigencia” de los partidos políticos alineados bajo el paraguas de la democracia burguesa termina bajo un denominador común en la caracterización y el sentimiento de nuestro pueblo; su desprestigio es profundo y la desconfianza hacia ellos no se detiene.

Pero (y siempre ese *pero* molesto de por medio) nos da aviso que estas fuerzas del sistema están aún de pié y son una parte fundamental para sostener lo insostenible.

Lo mismo que pasa con los gremios, con el mismo desprestigio que los partidos del sistema, de una u otra manera y tejiendo una

telaaraña mayúscula, embretan a nuestro pueblo en un callejón sin salida.

**“Todo está mal pero,
pero todo se va a arreglar”.
Promesas incumplidas**

Estos partidos que -en definitiva- son esencialmente electoralistas y se mueven al compás de la democraciua burguesa o “representativa”, expresan de una u otra manera los intereses de la clase burguesa y con ello, son fieles defensores del sistema capitalista.

Estas herramientas políticas se manejan bajo las reglas del Estado burgués y están sujetas a la lucha de clases. En definitiva esa sujeción los acorralla, los incomoda frente al pueblo, pero a decir verdad, nos llevan un ventaja cuando han sabido esconder su carácter de clase como fuerzas políticas. Y con ello batallan desde todos los rincones para presentar **programas y propuestas bajo la idea central de la alianza de clases.**

No hay alianzas de clase entre el capital y el trabajo y la vida y los hechos que se suceden unos tras otros nos dan la razón. Pero siempre aparecen los partidos políticos de todo linaje, prometiendo **“alianzas que reconcilian”**, poniendo los intereses de la clase obrera como furgón de cola de la burguesía.

El reformismo y el populismo estrechan sus manos y esfuerzos por maquillar las bondades de un sistema que bajo esas mismas influencias **“progresistas”** no le han ido en zaga a otras propuestas **“neo liberales”** en danza desde hace décadas en nuestro país.

De lo que se trata para estos partidos es sostener el sistema capitalista y las instituciones que los representan. Y eso es el Estado que los cobija.

De tanto batallar en la postura de la “alianzas de clases” la burguesía ha logrado imponer la idea que no hay otra salida que el sistema capitalista en sus variadas versiones. Y con ello impuso la idea que con la alianza de clases ha desaparecido la idea de conformación de partidos proletarios que expersen intereses antagónicos con la clase

burguesa y de hecho con la parva de partidós de la burguesía.

Son clases antagónicas, clases enfrentadas y “la alianza de clases” que nos proponen va a contrapelo de los intereses de clase del proletariado.

Pero la clase obrera necesita seguir avanzando en la construcción de su partido político que expresa en su programa los intereses de su clase y con ello los intereses de todo el pueblo sumido en la opresión.

Si no hay alianza de clases, si no no hay alianza entre el capital y el trabajo, tampoco hay partidos desclasados. No hay partidos “progresistas”, “buenos o malos”, no hay capitalismo bueno o malo. Hay capitalismo y hay partidos burgueses, partidos pequeñoburgueses y partidos proletarios.

En esa realidad, la lucha de clases se expresa también en lucha política y la misma debe expresarse también en partidos de la clase obrera que representen los intereses históricos. Y cuando hablamos de intereses históricos nos referimos centralmente a la necesidad histórica de la lucha por el poder y construir un Estado proletario que interprete los intereses de todo el pueblo oprimido.

En el comienzo hacíamos referencia al desprestigio de las fuerzas políticas de la burguesía, la mal llamada derecha y la mal llamada izquierda. También hablamos del protagonismo jugado por nuestra clase obrera y nuestro pueblo para frenar la sed de arrogancia de un sistema cada vez más concentrado en pocas manos y cada vez más enriquecido a costa de millones de fuerzas humanas laboriosas.

Todo ello es muy cierto y se hace más rico cuando contamos a favor la experiencia vivida, de haber conocido a la clase dominante en la barricada y duranre décadas. Eso está en la memoria y en la acumulacion de conciencia y experiencia. Sobre todo, ya se sabe lo que no se quiere, que no es poco.

Sin embargo, la débil presencia aún de una alternativa de política de masas que lleve a buen puerto la rebeldía que se acumla está dada aún por la insuficiente presencia del Partido proletario que -con su programa y su

10 acción política cotidiana- pueda encauzar la formidable acumulación hasta aquí lograda hacia la revolución.

La burguesía necesita de sus partidos políticos para sostener el sistema. La clase obrera necesita de sus destacamentos proletarios para construir una nueva sociedad.

Estamos en ese camino, lo estamos recorriendo, a contrapelo de toda la influencia que ejerce la clase dominante. Pero sabemos - por experiencia vivida- que no es suficiente el protagonismo de la clase obrera y del pueblo si ello no cuenta con un plan revolucionario capaz de revertir una acumulación de fuerzas hacia la revolución.

Ese programa, ese plan revolucionario no puede ser producto de la espontaneidad de la lucha de las masas, de la dinámica de la lucha de clases. Se trata de seguir construyendo destacamentos proletarios armados de la teoría revolucionaria, del materialismo dialéctico, del materialismo histórico, y que pueda resumir y sintetizar en política los intereses de clase. Muy lejos de la alianza de clase impuesta en el sistema democrático burgués o democracia representativa.

Desde esa teoría revolucionaria y desde la propia experiencia de nuestra clase obrera y nuestro pueblo es que basamos la idea de un plan revolucionario proletario que comienza en lo más profundo de la sociedad.

Hay altas y bajas, caminos de resistencia como el actual o de ofensiva que seguramente vendrán. Pero nada de ello se acumulará para la revolución sin con ello no seguimos

fortaleciendo el partido del proletariado como el que estamos construyendo junto a otros destacamentos que van por ese camino liberador.

Un partido como el nuestro que -con su programa- lo va definiendo todo no necesita reemplazar el papel de la clase obrera y el pueblo. Por el contrario, si el camino es de una revolución verdadera, ese protagonismo es fundamental para dirigirlo hacia la revolución social, para la toma del poder y para sostenerse con la misma dinámica en la construcción del Estado proletario.

Por ello hablamos que el plan revolucionario va desde lo más profundo. Es un plan que nos distancia de cualquier "alianza de clases" propuesta por los partidos políticos de la burguesía que ven en las masas la necesidad del voto, del necesario uso que de ellas hacen para posicionarse en el Estado de la clase burguesa.

La lucha emprendida, la resistencia que por sí misma va adoptando la clase trabajadora, necesariamente debe estar dirigida a una acumulación de fuerzas que cambie la correlación de fuerzas entre burguesía y proletariado.

Ese plan revolucionario en marcha lo debe conocer la clase obrera y todo el pueblo. La fuerza radica en que esas mayorías se apoderen del plan que debe nacer desde el partido de la clase obrera desde una actitud irreconciliable con los intereses de la burguesía. Y en ello hay que concentrar todo el esfuerzo.★

La burguesía necesita de sus partidos políticos para sostener el sistema. La clase obrera necesita de sus destacamentos proletarios para construir una nueva sociedad.

LUCHA DE CLASES, GUERRA DE CLASES

Si bien la lucha de clases y los escenarios de sus oleadas a nivel planetario están presenten como un hecho objetivo que condiciona a la burguesía monopolista, es necesario -parados justamente desde esa lucha de clases- avanzar a la lucha por el poder y la revolución socialista.

Hay un mensaje muy insistente de parte del poder dominante que consiste en poner al Covid 19 como el causante de la crisis estructural del sistema capitalista. Los colapsos financieros, el quiebre de empresas, la alta inflación, los ajustes, la desocupación creciente, el descenso de salarios, el colapso de los sistemas sanitarios, el empobrecimiento generalizado de miles de millones de trabajadoras y trabajadores, de pueblos y de regiones enteras, el descenso generalizado del consumo de alimentos, la exacerbación en la lucha intermonopolista y las políticas de Estado generalizadas a escala mundial para acentuar el ritmo de apropiación de ganancias de los núcleos transnacionales, entre otros tantos efectos, serían aspectos ajenos a la acumulación histórica de contradicciones y de crisis seguidas de sus secuelas destructivas.

Según esa premisa, la pandemia es causa de todos estos males que acontecen y esas consecuencias que se descargan sobre los pueblos serían inevitables.

Los hechos reales y tangibles de una crisis histórica que reproduce de forma exponencial y cada vez más acentuada, las dolorosas y profundas contradicciones que conviven en este régimen anacrónico son, según la burguesía, a causa de un virus.

La pandemia lo justifica todo y la impunidad del capital monopolista transnacional no deja dudas. A tal punto es su hipocresía que en la voz de sus apologistas se desliza la idea que, acabada la pandemia, se acaba la crisis. Así lo afirman economistas de todo cuño, políticas y políticos burgueses, sindicalistas profesionales al servicio de la explotación obrera. Justamente toda la gentuza que determina las políticas en favor de la clase dominante.

Para los monopolios, la pandemia es una oportunidad, cosa que afirma con la crisis. O sea, una oportunidad dentro de una crisis. Y lo deja expresado con suma nitidez cuando acentúa la guerra del capital contra el trabajo como la única condición de garantizar sus ganancias descomunales.

Exponemos algunos datos para graficar lo que decimos.

La suma de la reducción de los salarios a nivel mundial -según datos de la OIT- llegó a la friolera de 3.7 billones de dólares en el 2020. De la masa salarial mundial, el capital monopolista extrajo por los mecanismos de ajustes, inflación, devaluaciones impulsadas por las políticas de Estado un 8.3% en ganancias netas. En el 2021, en lo que va de este primer cuatrimestre, tal reducción llega a un 5,3 % de la suma de la masa salarial, alcanzando los 1,3 billones de dólares.

12 Cifras tan significativas explican por sí solas las ganancias monstruosas que ostentan los monopolios en la diversidad de ramas industriales y financieras.

Lo peor de todo es el hecho que estas cifras solo representan una parte de las ganancias del capital monopolista. Porque aquí no se cuentan los niveles de extracción de plusvalía derivados del proceso productivo mismo, es decir, la parte de la producción no remunerada al trabajador y realizada por el capital en forma de mercancía a escala mundial. Por lo tanto, quien niegue que hay un ajuste descomunal contra la clase obrera y el pueblo apoya de lleno la mentira que la pandemia es “el mal a combatir” dejando a un lado al capital monopolista y su régimen explotador.

Sin embargo, la lucha de clases, aún en un marco de restricciones, amenazas y oscurantismo mediático como el actual, se desenvuelve cada día más efusivamente. Aunque pongan en práctica los mantos desinformativos mas ruines la situación se agrava por la lucha de clases en el mundo

Un registro estadístico de la OIT planteaba que, durante el 2019, 47 países estaban en una situación altamente conflictiva y advertía que lejos de haber disminuido, dicha cifra tendía a superar los 50 países en 2020. Si no se “toman medidas” para revertir ello, -nos decía el informe- haciendo un insulso y oportunista llamado a la cordura de los gobernantes- la situación será desastrosa... Este número que podría no parecer tan significativo porque representa aproximadamente el 40% de los países del mundo, adolece, como todos los números burgueses, de una serie de datos referidos a la cantidad de luchas, huelgas y movilizaciones obreras que se dan en regiones zonas y países donde aparentemente no pasa nada, pero, que en realidad pasa lo que la burguesía no quiere que pase. En referencia a este ocultamiento, la burguesía se inventó un índice de “paz social” con porcentajes y todo, donde figuran país por país todo tipo de estadísticas sobre violencia, guerra, delincuencia, corrupción, etc. Pero, por una cuestión de no alterar -todavía más- la paz con cosillas como la lucha de clases, la única estadística que no figura es precisamente la guerra desatada por el capital contra el trabajo y menos aún, las respuestas y los enfrentamientos obreros en este escenario de guerra y los medios por los cuales se lleva adelante y cómo se desenvuelven.

Más allá de los países y sus particularidades, la superexplotación de las y los trabajadores no tiene fronteras, mucho menos en el presente. Es una determinación común a todos los pueblos, es una determinación de la globalización del capitalismo en su fase imperialista.

Se oculta precisamente porque este hecho hace más relevantes las condiciones, y evidencia que la extensión de la lucha de clases se da en las grandes industrias monopolistas transnacionales. Porque su desenvolvimiento y crecientes niveles de enfrentamientos toca de lleno sus intereses agudizando la crisis política y enfrentando los intentos de profundizar el sometimiento.

La utilización de la pandemia intenta circunscribir el marco de la lucha de clases fronteras adentro. Apaciguar el efecto contagio también aplica a este escenario. Ello no es casual: la industria altamente concentrada y socializada a escala planetaria es la fuente de ganancias del capital monopolista y el epicentro de las políticas de descarga de la crisis estructural sobre el proletariado mundial, para sostener las tasas de ganancias en los marcos de la crisis de superproducción actual. Preservar este manantial de riquezas ajenas es -sin dudas- su acción medular.

Cuando hablamos de industria altamente monopolizada no dejamos de lado ninguno de sus eslabones productivos esparcidos por el mundo, en diversidad de empresas de todos los rubros imaginados.

Por lo tanto, cuando decimos que la lucha de clases se hace más extendida, nuestro análisis no se circunscribe al estrecho marco estadístico burgués, de la facción que sea, porque lejos de mostrar la realidad pretende limar las punzantes aristas que representan las luchas obreras en las grandes industrias monopolizadas a escala planetaria. Punto que también les sirve para ningunear las formas de organización de base independientes que se desenvuelven y se crean en los marcos del enfrentamiento al capital.

Son incontables por su abundancia la cantidad de huelgas, tomas de empresas, bloqueos, protestas callejeras, movilizaciones, piquetes de trabajadores de diversidad de rubros y de poblaciones que van dándose con mayor continuidad contra los ajustes, por aumentos salariales, por libertades políticas, por condiciones laborales y un conjunto de reivindicaciones comunes a todo el proletariado mundial.

Los más de 1 millón de trabajadores estatales de Sri Lanka están de paro, la huelga de mineros de Chile, la huelga de obreros de Volvo de EE, UU; la huelga de choferes y trabajadores del transporte de Brasil (que llevan desde el año pasado 238 parates y medidas de fuerza), huelga de mineros en EE. UU, huelgas de mineros en Colombia. En Pakistán huelga de trabajadores de la construcción, huelgas de trabajadores de las cuatro centrales hidroeléctricas de Albania, conflicto laboral de General Motors de México con rumbo al paro. Huelga en Kenia contra multinacional textil, Huelga en Georgia en monopolio de fertilizantes minerales por aumentos de salarios y libertades políticas. El promedio salarial de un trabajador georgiano es de 250 dólares, los trabajadores de esta corporación apenas llegan a percibir salarios de 200 dólares (cualquier parecido con nuestro país, no es pura coincidencia).

Huelga de varias semanas en automotrices de Serbia, huelga de obreros de la corporación VASA en Hungría. *"Trabajamos como elefantes y comemos como hormigas"* dice una obrera petrolera de Shell en Nigeria; a esta lucha por salarios dignos se han sumado la huelga los trabajadores de empresas de servicios petroleros. En Lesoto movilizaciones y huelgas contra la violencia y el acoso sexual y salarios en las textiles de la transnacional taiwanesa Hippo Knitting. Obreras de otra corporación textil en Birmania en huelga y movilización por reclamar salarios y períodos de descanso de dos semanas en vez de tres días como está reglamentado. Reprimidas con toda dureza, con más de 20 trabajadoras heridas de bala no han cesado en su lucha y siguen movilizadas.

Petroleros de España en huelga frente a la reforma laboral y salarios a los que estarían por plejarse la clase obrera de VW, trabajadoras y trabajadores del transporte en nueva Zelandia, mineros de Perú, personal de salud en Australia, petroleros en Texas y de la industria cárnica en EE, UU. Huelga de las y los trabajadores de Nis-

san-Renault y de Hyundai en India planteada frente a las condiciones laborales y la ausencia de protocolos frente al Covid.

La lista es sumamente larga y extensa. Para no abrumar al lector diremos de pasada, que todas las mencionadas son luchas que se dan en el término de los últimos dos meses incluyendo el presente junio.

Si bien los niveles de desborde de este creciente aumento de la lucha de clases aun no han llegado a escenarios masivos, el marco es que las huelgas propenden a desencadenar oleadas de luchas que ponen sobre el escenario el carácter volcánico y la situación de hartazgo de trabajadores y pueblos, van dando señales más que claras del nivel de erupción que precipita en este escenario de crisis terminal.

A medida que los monopolios pretendan avanzar en sus políticas de ajuste y superexplotación la lucha de clases hace aparecer estos escenarios en abierto enfrentamiento a las mismas. Este es el epicentro donde gira, donde gravita la situación mundial. Las señales son claras, negarlo, ocultarlo, disimularlo es una debilidad, aunque parezca lo contrario.

Frente a todo ello y con más razón aun, es necesaria la acción y la organización proletaria desde un proyecto revolucionario en el seno de nuestras fábricas y barriadas. Más necesaria e imprescindible es la acción multiplicada del partido revolucionario.

Si bien la lucha de clases y sus escenarios de oleadas a nivel planetario están presenten como un hecho objetivo que condiciona a la burguesía monopolista, es necesario -parados desde esa lucha de clases- avanzar a la lucha por el poder y la revolución socialista.

Porque somos parte de un mismo ejército de millones que puja por romper las cadenas de la opresión de esta guerra y estamos diciendo basta. Es necesario construir las herramientas revolucionarias que serán las armas más eficaces en la guerra contra el capital. ★

La superexplotación no tiene fronteras en el presente. Es una determinación común a todos los pueblos, es una determinación de la globalización del capitalismo en su fase imperialista.

CRISIS CAPITALISTA EN ARGENTINA Y LA NECESIDAD DE UNA SALIDA REVOLUCIONARIA

La necesidad de una salida revolucionaria a la crisis capitalista es objetiva. E imperiosa. La posibilidad para que ello avance viene bastante detrás todavía de esa necesidad y entonces cabe a los revolucionarios tener claras las políticas tácticas que posibiliten acortar esa distancia. El primer paso, con seguridad, es determinar y ratificar qué andariveles debemos recorrer para llevar adelante ese cometido.

E l contexto histórico en el que nos encontramos

La consolidación del capitalismo monopolista de Estado en nuestro país tuvo dos etapas bien marcadas. La primera durante la dictadura militar iniciada en 1976, que significó un cambio radical en la estructura productiva a través del desembarco en el Estado de los representantes directos de los monopolios, que agudizó un proceso de centralización y concentración de capitales en el que los sectores monopolistas más concentrados y entrelazados con el capital mundial se hicieron de los resortes fundamentales de la economía. La otra etapa fue la inaugurada en los 90 por el menemismo, en la que ese proceso se vio intensificado profundizando la transnacionalización de las empresas monopolistas, en el medio de la revolución tecnológica que trajo aparejado un nuevo ciclo de concentración capitalista.

Marcamos ambos períodos no porque en el medio o después de los mismos este derrotero se haya detenido, sino solamente porque son los más destacados en cuanto a un avance cualitativamente diferente en los cambios que terminarían configurando las bases actuales del capitalismo en la Argentina. En efecto, esas bases (no sin contradicciones) se han consolidado y su tendencia es a la profundización. Es un proceso objetivo del

capitalismo en su etapa imperialista y toda intención o creencia que ese proceso pudiera desandarse no es más que una ilusión sin ninguna base material que pueda darle sustento.

Los efectos sobre las condiciones de vida de la población fueron y son devastadores. Amplios sectores populares han sido echados a los márgenes del proceso productivo; océanos de pobreza e indigencia son un paisaje que ha llegado para quedarse definitivamente mientras el modo de producción siga existiendo en nuestro país.

Con solo nombrar que a mediados de la década del 70 los niveles de pobreza no alcanzaban los dos dígitos, y que luego de casi cuatro décadas de democracia burguesa dichos niveles rondan un 30% de la población como promedio histórico, nos dan una perspectiva concreta de lo que afirmamos.

Ese promedio histórico que mencionamos ha sido la constante; nunca menos. Por el contrario, en diferentes etapas de crisis económicas aumentaron considerablemente. Por ejemplo: a finales del 89 con la hiperinflación, a finales de los 90 con el desenlace de la crisis de 2001. Y actualmente, en medio de la crisis de superproducción capitalista que azota al mundo y que en nuestro país tiene efectos particulares que arrojan números que son escandalosos.

Algunas cifras nos darán un marco de análisis material sobre lo dicho. El promedio de los salarios reales de

trabajadoras y trabajadores registrados en el sector privado cayó 15,4% entre noviembre de 2015 y el mismo mes de 2020; como resultado de ello el salario real en este sector fue en diciembre de 2020 un 29% inferior al de noviembre de 2015. Así, la caída de los costos salariales fue, en promedio de 23,8% entre noviembre de 2015 y el mismo mes de 2020. La pobreza urbana en Argentina alcanza a un 42,9% de la población en el segundo semestre de 2020, con un 10,5% de indigencia y una pobreza infantil (niños menores de 14 años) del 57,7%. El poder de compra de los salarios reales está en su menor nivel en 18 años. El salario mínimo vital y móvil es el más bajo de América Latina, después de Venezuela. Los niveles de inflación están solamente por detrás de El Líbano y Venezuela. El consumo de carne es el más bajo de los últimos 100 años. El consumo de leche en 2020 fue 33% menos que en 2010. La pobreza por nivel educativo aumentó en todos los niveles: Entre 2017 y 2020 en la población sin escuela secundaria pasó de 38,3% a 59,9%; en la de secundario completo, de 37,1% a 47,7%; con nivel terciario y universitario parcial de 13,7 a 29,4%; con universitario completo de 8,9% a 15,4%. En 2020, en medio de la pandemia, aumentó la población sin cobertura social en un 5%. **(Datos en base a información del INDEC, Encuesta Permanente de Hogares).**

Sirvan estos datos parciales e incompletos como una muestra nada más del retroceso objetivo que se ha producido en las condiciones de vida de las mayorías, mientras una minoría burguesa no ha parado de ver crecer sus patrimonios.

Como se puede apreciar durante las casi cuatro décadas de democracia burguesa la clase dominante y todos los gobiernos que se sucedieron han sido incapaces de resolver los problemas estructurales del país.

Incapacidad que tiene un carácter permanente dado que las políticas que se sucedieron, suceden y sucederán están atravesadas por la crisis estructural del capitalismo mundial en su etapa imperialista, y su particularidad en Argentina. Esto ha desembocado en permanentes crisis políticas de toda la superestructura burguesa; la dominación a través del engaño que presupone ese régimen de gobierno ha calado profundamente en las masas populares, al mismo tiempo que desde esas mismas masas la desconfianza hacia toda la institucionalidad del sistema ha crecido exponencialmente. Sin embargo, la ausencia de una salida revolucionaria de la situación hace que esa debilidad intrínseca de todo el andamiaje de la institucionalidad burguesa pueda considerarse la base de su "fortaleza".

El aparato político e ideológico del enemigo de clase ha sido muy hábil en la adaptación a su régimen de dominación a la casi totalidad de las organizaciones políticas y sociales actuantes en la lucha de clases en la Argentina. A través de la gestión estatal de las prebendas, las dádivas, los cargos públicos e innumerables formas de cooptación, se ha constituido una inmensa maraña de intereses en los que tales organizaciones cumplen del papel de sostener la posibilidad de cambios a favor de los intereses populares dentro del modo de producción capitalista, constituyéndose así en un poderoso muro de contención que actúa como garante de la defensa del sistema.

Teniendo en cuenta que caracterizamos que casi cua-

renta años de democracia burguesa se han convertido en la forma predilecta de la clase dominante, aquí también incluimos a las expresiones de la llamada izquierda que se han convertido en expresiones orgánicas del sistema cuando sostienen la ilusión que es posible avanzar en las aspiraciones que tenemos como pueblo si participan en el parlamento burgués, con un discurso que miente descaradamente a las masas al afirmar que más parlamentarios de "izquierda" suman a la lucha de clases posibilidades de avance, reafirmando de ese modo el régimen de gobierno que hoy debemos combatir. No por casualidad esta política de reemplazar a los representantes burgueses por representantes de "izquierda" tiñe gran parte de la acción política de estos grupos, reproduciendo en la base de la sociedad el concepto de representatividad que es la esencia de la forma que adopta la dominación, la organización, el disciplinamiento y el orden que impone el enemigo de clase en esta etapa histórica.

De allí la plena vigencia de la lucha contra el reformismo y el populismo en el seno de la clase obrera y el pueblo; lucha determinante y tenaz que debemos presentar aun siendo una minoría los que la llevemos adelante. No existe posibilidad de avance en el proceso revolucionario si no se le presenta una batalla sin cuartel y antagónica a la democracia burguesa como la forma de dominación que hoy se debe combatir.

Desde dónde construimos la salida revolucionaria

Definida la democracia burguesa como elemento que caracteriza la forma de dominación adoptada por la clase enemiga, la táctica para la acción revolucionaria debe poner el acento en iniciativas políticas que ayuden a desenmascarar dicha dominación y ayuden al movimiento a avanzar en el enfrentamiento a la misma en todos los frentes de lucha.

Paralelo a esta forma que adoptó el régimen burgués se ha manifestado un movimiento de luchas autoconvocadas que ya lleva casi tres décadas de permanencia en el escenario de la lucha de clases. Precisamente, los límites objetivos de la representatividad burguesa y la traición que conlleva llevar al marco institucional las demandas populares hicieron posible que importantes sectores explotados y oprimidos adoptaran esa práctica como forma propia de organización para la defensa de sus intereses. La convivencia de la contradicción democracia burguesa/autoconvocatoria no es más que la expresión de la contradicción democracia burguesa/democracia obrera, presente en la lucha de clases desde que el capitalismo se impuso como modo de producción social.

Esto es importante tenerlo claro ya que, independientemente de las formas que adopte o de qué sectores de clase lleven adelante la autoconvocatoria, este proceso representa la expresión que adopta la democracia obrera y, por lo tanto, es una expresión que en esencia tiene el componente clasista que antagoniza contra la clase dominante. Por ello, y porque además es un proceso genuino que surgió de la experiencia de lucha de las masas, los revolucionarios debemos aportar a que el



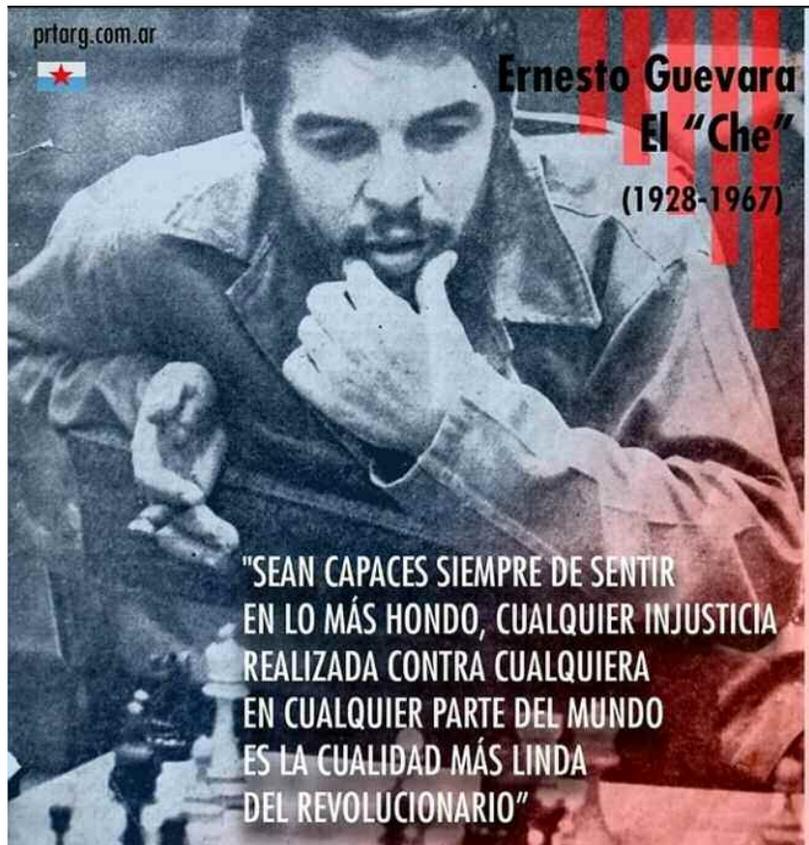
polo revolucionario de esa contradicción avance contra el polo enemigo.

En ese camino, el objetivo de la etapa es continuar bregando para que la metodología mencionada sea comprendida y entendida por el movimiento de masas como una metodología de construcción política que rompa el marco de la lucha por las demandas reivindicativas.

Nos referimos a que en cada lucha en la que participemos y donde las masas adopten la democracia obrera como método de organización debemos apuntar a que las vanguardias genuinas que van surgiendo en el proceso de enfrentamiento clasista comiencen a proponerse dichas metodologías como forma de afrontar la lucha política, en un camino de acumulación que ayude a ir rompiendo con las formas de la democracia burguesa, y así avanzar en la construcción de un proceso de unidad política desde abajo en el que la participación y decisión de las masas obreras y populares se terminen imponiendo a la delegación del poder en manos de expresiones de la burguesía, cualquiera sea la variante de esas expresiones.

Este aspecto de la participación efectiva de la clase obrera en la construcción de estas herramientas es una cuestión fundamental; no habrá pasos firmes en el proceso de la revolución si no son los mismos obreros y obreras los que sin intermediación alguna pongan en práctica esa construcción. Los destacamentos revolucionarios, por supuesto nuestro partido entre ellos, tenemos la responsabilidad de llevar las ideas revolucionarias de la lucha por el poder y la necesidad de la construcción del socialismo para que esos contingentes obreros tengan entre sus manos la teoría y la ideología revolucionarias que den sustento a una construcción que es de carácter estratégico.

Ese proceso unitario de abajo hacia arriba debe ser encabezado por la clase de vanguardia, la clase obrera industrial; que, junto a otros sectores proletarios y al resto de las capas oprimidas, construyan, desde las fábricas hacia el resto de la comunidad, organizaciones de doble poder, del poder obrero y popular



que dispute en el terreno concreto de la lucha, allí donde los intereses de la burguesía monopolista están concentrados en la producción, el proyecto de país entre las clases fundamentales de la sociedad capitalista. Entonces la unidad política entre clase obrera y pueblo tiene un espacio determinado en el que debe desarrollarse en esta etapa, lejos desde ya de las prácticas electoralistas, pero también de construcciones de unidad por arriba que no son la representación genuina de dicho proceso y que terminan siendo unidades de siglas u organizaciones que aun no tenemos el arraigo necesario e indispensable en lo profundo de las masas obreras y populares; y que por lo tanto están condenadas a desembocar en unidades superestructurales totalmente impotentes de incidir en la lucha revolucionaria.

Otra cuestión muy distinta es que en el seno de la clase obrera y el pueblo diversas vertientes de revolucionarios nos encontremos y podamos emprender procesos de unidad, principalmente políticas en esta etapa, que ayuden a multiplicar las voluntades para fortalecer una construcción de las herramientas necesarias para la revolución en lo más profundo

del movimiento de masas.

En ese camino unitario con seguridad se irán presentando nuevos procesos y la necesidad de definiciones de otra calidad, a partir de la experiencia recorrida y de la consolidación de las fuerzas del poder obrero y popular organizadas bajo esta concepción. Por lo tanto, la construcción de la unidad, aquí y ahora, está supeditada a entender las necesidades de la lucha para que avance el proceso de la revolución, lejos de frases hechas o eslóganes que presentan la unidad por fuera de dicho proceso.

La necesidad de una salida revolucionaria a la crisis capitalista es objetiva. E imperiosa.

La posibilidad para que ello avance viene bastante detrás todavía de esa necesidad y entonces cabe a los revolucionarios tener claras las políticas tácticas que posibiliten acortar esa distancia. El primer paso, con seguridad, es determinar y ratificar por qué andariveles debemos andar para llevar adelante ese cometido, lo que en definitiva es lo que este artículo aborda para la etapa del proceso revolucionario que estamos transitando.★